



Anales del Instituto de Arte Americano
e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo"

■ SANTIAGO DE CUBA: MIRADAS E IMÁGENES URBANAS EN LOS RELATOS DE VIAJEROS.

Aida Liliana Morales Tejeda

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

Morales Tejeda, A. L. (2016). Santiago de Cuba: miradas e imágenes urbanas en los relatos de viajeros. *Anales del IAA*, 46(1), 91-102. Consultado el (dd/mm/aaaa) en <http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/199/332>

ANALES es una revista periódica arbitrada que surgió en el año 1948 dentro del IAA. Publica trabajos originales referidos a la historia de disciplinas como el urbanismo, la arquitectura y el diseño gráfico e industrial y, preferentemente, referidas a América Latina.

Contacto: iaa@fadu.uba.ar

* Esta revista usa Open Journal Systems 2.4.0.0, que es software libre de gestión y publicación de revistas desarrollado, soportado, y libremente distribuido por el Public Knowledge Project bajo Licencia Pública General GNU.

ANALES is a peer refereed periodical first appeared in 1948 in the IAA. The journal publishes original papers related to the history of disciplines such as urban planning, architecture and graphic and industrial design, preferably related to Latin America.

Contact: iaa@fadu.uba.ar

* This journal uses Open Journal Systems 2.4.0.0, which is free software for management and magazine publishing developed, supported, and freely distributed by the Public Knowledge Project under the GNU General Public License.

SANTIAGO DE CUBA: MIRADAS E IMÁGENES URBANAS EN LOS RELATOS DE VIAJEROS

SANTIAGO DE CUBA: URBAN VIEWS AND IMAGES IN THE STORIES OF TRAVELERS

Aida Liliana Morales Tejeda *

■■■ Durante el siglo XIX, un conjunto de viajeros extranjeros, fundamentalmente europeos, dejaron su visión sobre la ciudad de Santiago de Cuba. Cada uno legó un testimonio narrativo de enorme valía para el conocimiento de esta ciudad, en especial su arquitectura y urbanismo. La mirada de estos artistas escruta las singularidades del paisaje urbano santiaguero: sus principales lugares públicos.

Este artículo valora la visión que sobre la ciudad de Santiago de Cuba, en particular respecto de su arquitectura y urbanismo, dejaron varios viajeros que la visitaron a lo largo de la centuria decimonovena. Sus juicios nos llevan a valorar determinados aspectos que resultan típicos de la ciudad y a encontrar en la mirada del otro aquello que nos hace diferentes.

PALABRAS CLAVE: literatura de viajes, viajeros, imaginarios, ciudades.

■■■ During the 19th century, a group of foreign travelers, mainly European, left their vision of the city of Santiago de Cuba. Each one bequeathed a narrative testimony of enormous value for the knowledge of this city, especially its architecture and urbanism. The view of these artists scrutinizes the singularities of the urban landscape of Santiago: its main public spaces.

This article values the vision of the city of Santiago de Cuba, especially its architecture and urbanism, that several travelers who visited it throughout the 19th century left. Their judgments lead us to appreciate certain aspects that are typical of the city and to find in the eyes of others what makes us different.

KEYWORDS: travel literature, travelers, imaginaries, cities.

* Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba.

El presente artículo forma parte del conjunto de las investigaciones realizadas para la tesis doctoral de la autora, "La influencia francesa en espacios, ajueres y ritos de los grupos sociales privilegiados en Santiago de Cuba (1830-1860)" y también en el marco del proyecto de investigación "Estudio del patrimonio artístico y cultural de la región oriental de Cuba" del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Oriente, 2016-2018.

A modo de introducción

Las nuevas corrientes historiográficas recurren, cada vez más, a la literatura de viajes para desentrañar el pasado de cualquier sociedad. Desde tiempos remotos, el hombre trató de conectarse con otras culturas y comportamientos. El viaje como horizonte cultural amplifica sus conocimientos; así lo demuestran los manuales de viajes. Los griegos tuvieron su *Periploi* y los romanos su *Itinerarii*; en la Edad Media, un nuevo modo de viajar se inaugura con las peregrinaciones a Constantinopla, Santiago de Compostela o Roma, los viajes de Marco Polo o la búsqueda del Santo Grial.

El siglo XIX fue el de la literatura de viajes. La nueva sensibilidad romántica que se había apoderado del viajero constituyó la clave interpretativa de todo cuanto este veía y anotaba. En esa centuria nacen el viaje de placer, los viajes organizados, las guías, etc.; tal ajetreo tuvo mucho que ver con la creciente mejora de las vías de comunicación, el transporte y los alojamientos.

Comúnmente los viajeros llevaban diarios o enviaban cartas a sus amigos en Europa o Estados Unidos, donde plasmaban sus observaciones: aquellos elementos que les resultaban novedosos y ajenos –en sus miradas de forasteros–, los recorridos por parajes alejados de las poblaciones principales, las características del clima, la geografía, la arquitectura, además del carácter de los habitantes. Como parte de ese proceso, aparece un nuevo género de la literatura que los estudiosos de lengua anglosajona denominan “*travelogues*” o “literatura de viaje”.

Estos relatos de viajes “dan el color preciso para situar la época y conocer modalidades y costumbres que de otra época sería difícil precisar” (Torre Revello, 1940, p. 406), en tanto aportan multiplicidad de datos que ayudan a los investigadores a comprender mejor, por supuesto de conjunto con otros documentos, la historia urbana de nuestras ciudades. Se concuerda con el investigador Juan Carlos Solórzano en que

[l]os relatos de viajeros, además del interés literario que despiertan, adquieren relevancia para el quehacer histórico si se tiene en cuenta que incursionan en temas que no figuran en otras fuentes documentales. Y, aunque no siempre puede un viajero, al narrar sus vivencias, desprenderse totalmente de su concepción personal y cultural del mundo, es un individuo capaz de representar la realidad que percibe. [...] Si es cierto que el viajero observará ese nuevo mundo a través de sus “propios lentes”, el prolongado contacto con las realidades del país que visita y su encuentro y vivencias con individuos pertenecientes a distintas capas sociales, terminará por modificar su visión personal. (Solórzano, 2014)

El Caribe y Cuba en la representación de la literatura de viajeros

Desde el siglo XVI, luego del proceso de conquista y colonización, América Latina y el Caribe tuvieron una mirada preferencial que dio lugar

a una abundante literatura que abarca todos los géneros: relaciones de viaje y relatos de expedición, terrestres o marítimos, correspondencia diplomática y consular, ensayos políticos, económicos, sociales, etc., tratados filosóficos, crónicas,

historias, cuentos y novelas, dramas y óperas, poesías e incluso una gran cantidad de representaciones plásticas: cuadros, esbozos, grabados, dibujos, estampas, estatuas. (Minguet, 1980, p. 171)

El Caribe y sus islas eran vistos como un espacio geográfico exótico, de animales fabulosos, con un clima y paisajes insuperables que, desde el punto de una perspectiva antropológica, ofrecían un crisol cosmopolita de nacionalidades: el aporte aborigen, las diferentes regiones españolas, los africanos, los franceses, los asiáticos amalgamados en disímiles profesiones y oficios, de donde derivó un complejo mosaico sociocultural, en el que era evidente el colorido, el bullicio, los olores y sabores, la musicalidad, el ritmo, la algarabía y la vitalidad constantes. Así, la investigadora Laura Muñoz afirma que

[d]esde sus puestos de observación, fijos o flotantes, los ojos de los viajeros percibieron la imagen de un mundo vivo, mutable, una zona de interacción donde se vivía un proceso sostenido de transculturación, de intercambios. Al lado, el mar quieto como un espejo, revuelto y atemorizante, o azul luminoso, está presente en todos los testimonios: el mar omnipresente, el mar que es uno y diverso, en el que las islas comparten, ellas mismas, espacios heterogéneos. Los territorios de esas islas, a veces minúsculos, van dibujando los contornos de una identidad que el mar une y divide. (2002, p. 30)

Los testimonios de los viajeros que recorren América y el Caribe fueron escritos, mayormente, para un público europeo o norteamericano. Por ello, tanto los autores como los textos constituyen intermediarios "entre un mundo todavía nuevo y en buena parte exótico y unos lectores que se saben diferentes y civilizados" (Melo, 2001). Su mirada estará condicionada por el contrapunteo centro-periferia, los valores de su propia cultura, su profesión e intereses personales, así como las ideas dominantes tanto en los medios académicos como científicos, especialmente dentro del campo de la historiografía y las ciencias sociales (Jaramillo Uribe, 2003).

Cuba, calificada como la "reina de las Antillas", fue punto de interés de muchos viajeros –entre ellos, Alejandro de Humboldt, considerado el segundo descubridor de la Isla; John G. Wurdemann, Richard Robert Madden, Fredrika Bremer y Samuel Hazard–. Todos dejan su visión de la Isla; algunos solo recorren su capital, La Habana; otros exploran diferentes regiones, lo que les posibilita ver las diferencias existentes entre unas y otras, no sólo en el orden del desarrollo económico, sino en los comportamientos sociales, los tipos populares, los avances en la modernización urbana, y las características e idiosincrasia de sus poblaciones.

Santiago de Cuba en la visión de los viajeros

La construcción de la ciudad en los discursos imaginarios siempre ha contribuido a hacerla existir y a configurar su sentido. Desde las descripciones de Hernán Cortés a las crónicas de Humboldt, desde los discursos de los regentes a las crónicas literarias y periodísticas, desde la iconografía cinematográfica a las canciones urbanas y los graffitis, han descrito la realidad material y simbólica de la ciudad.

Néstor García Canclini (1996)

En consonancia con los criterios de Néstor García Canclini, y al realizar un arqueo de estos libros, desde la historia urbana es posible reconocer cómo el desarrollo urbano y arquitectónico de Santiago de Cuba¹ impresionó a los viajeros. Procedentes de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, nos acercan a la ciudad como objeto cultural. Describen sus características físicas, las peculiaridades de su ubicación y trazado; las plazas, las fortificaciones, los edificios principales y las viviendas. De igual manera, describen los tipos humanos y los diferentes estratos sociales que la habitaban, modos de vida y costumbres, las relaciones sociales de sus habitantes y sus manifestaciones culturales más variadas. Tales descripciones tienen correspondencia gráfica en los planos de la ciudad² y los grabados que de ella dejaron numerosos artistas³ a lo largo de la centuria decimonónica.

En las lecturas comparadas de los textos rubricados por Agustín de la Tejera,⁴ Julian Mellet,⁵ Auguste Le Moyne,⁶ Ernesto Duvergier de Hauranne,⁷ Hyppolite Piron,⁸ Jean Baptiste Rosemond de Beauvallon,⁹ Walter Goodman,¹⁰ Caroline Wallace¹¹ y Samuel Hazard,¹² es posible advertir la configuración de una ciudad a través de sus atributos simbólicos: características del trazado urbanístico y sus transformaciones en un lapso de cincuenta años; las tipologías arquitectónicas que constituyen peculiaridades de la urbe oriental, así como los edificios que son hitos dentro del patrimonio edificado y que marcaron, tanto en lo denotativo como en lo connotativo, las pautas de la modernidad experimentada a lo largo del siglo XIX. El artículo no es la visión de los viajeros per se; es una construcción a partir de sus miradas sobre la ciudad.

Trazado urbano y tipicidad arquitectónica

Más que una palabra, “anfiteatro” es un concepto clave para definir el marco geográfico y urbano santiaguero. Por su forma circular u ovalada, marcó para siempre la imagen que desde la bahía se tiene de la ciudad. Debido a que el canal marítimo fue el acceso tradicional durante la etapa colonial, resulta la visión más conocida. Esta imagen de recibo se acompaña, además, de una perfecta integración ciudad-naturaleza. Tal comportamiento ofrece una urbe que se enmarca entre el mar y las montañas. El concepto de anfiteatro deviene de la forma en que se estructura la ciudad. Así la califican De la Tejera, Mellet, De Beauvallon y Le Moyne. Este último expresa que

[L]a ciudad [...] se levanta al fondo del puerto y se escalona en forma de anfiteatro por las laderas de las colinas; sus calles, fuera de las que van por terreno a la orilla de la plaza bordeando los muelles, son tortuosas, en cuesta [...] ([1880] 1977, p. 293).

Una de las singularidades del paisaje santiaguero es la red de calles que configuró el tejido urbano al que, debido a la complejidad topográfica, se le realizaron adaptaciones conforme a lo estipulado por las Leyes de Indias. Esto generó una retícula semirregular. Entre el trazado y el relieve se produjo una interacción que proporcionó otros resultados de interés, como el perfil escalonado de su arquitectura y las calles ondulantes con pendientes muy pronunciadas, en las que siempre se está subiendo o bajando, lo cual interviene en las visuales cambiantes que aporta tal relación perceptiva. Los viajeros hicieron referencia a este signo, y a más de uno sobresaltaron estas cuestas empinadas. En este sentido, De Beauvallon declara que “las calles [...] presentan planos de una inclinación que asusta” ([1844] 2002, p.

254). Mientras, Caroline Wallace declara que “como Santiago está edificada sobre un plano inclinado, muchas de sus calles son empinadas y de difícil ascenso, y el descenso no es más agradable” (2003, p. 68).

En tanto, el discurso de otredad de estos forasteros se evidencia en las descripciones del estado de las calles y de su carácter y, aunque no dejan de reconocer la tipicidad y encanto de estas “calles tortuosas”, critican su estado de abandono y la fetidez existente. Algunas consideraciones de este hecho urbano se observan en las narraciones de Wallace quien, aun entrada la sexta década del siglo XIX, expresa que eran

estrechas, sucias, muy mal pavimentadas –cuando lo están– y poco incitantes al paseo [...]. Las aceras son estrechas, en algunas partes no pueden caminar más que dos personas juntas, y hay muchas donde ni siquiera existen aceras y el deteriorado pavimento de grandes piedras, tan incómodo para caminar, va de un lado a otro de la calle, de casa a casa. (2003, p. 68)

De igual modo, focalizan la descripción de la ciudad en las desviaciones de los códigos urbanísticos europeos. Al tomar como vara de medida estos patrones estéticos, percibían que los edificios se edificaban “sin observar ninguna regla de arquitectura” (Piron, [1876] 2015, p. 21) en el concepto de Piron, prototipo de creole educado en Francia; mientras que para la visión norteamericana de la joven Wallace, “Santiago es decepcionante en términos arquitectónicos” (2003, p. 68).

Estas aristas del discurso, además de reforzar –por oposición– la imagen arquitectónica, sirven para destacar los rasgos que la tipifican. Captan las singularidades de una arquitectura que tuvo que adaptarse a tres aspectos esenciales: el clima, la topografía y la sismicidad. Insistieron en las técnicas constructivas y en las variantes tipológicas. Aun con el esquemático y a veces negativo juicio de las particularidades arquitectónicas, tanto Wallace como Goodman absorbieron los elementos esenciales de las técnicas constructivas y su adaptación a los terremotos, al describir la forma de construir una vivienda santiaguera. La primera expresa:

Grandes troncos están plantados varios pies debajo de la superficie en las esquinas de los edificios y en intervalos largos. Los espacios entre ellos están rellenos con ladrillos, piedra o adobe, según el caso; a menudo, el techo de tejas sobresale y forma una veranda o corredor como dicen en Cuba, en el frente, al igual que en el patio central. De esta forma, cuando se produce un temblor, las casas se mecen de un lado a otro a su impulso, y aunque hay un gran crujir de maderas y una sensación de vibración y mareo, [...] cuando todo pasa uno encuentra que las paredes están todavía erectas, que el piso se mantiene bajo los pies y el techo sobre la cabeza gracias a la previsión del sistema constructivo. (2003, p. 70)

Por su parte, el razonamiento del pintor inglés Walter Goodman pondera la capacidad de la población local para adecuar sus construcciones a lo que denomina “calamidades”, o sea “prueba de temblor de tierra, lluvias abundantes y calor excesivo” (citado en Portuondo Zúñiga, 2015, p. 65). Considera, por tanto, que “la residencia, más que un hogar confortable, es un refugio contra las inclemencias del tiempo” (Ibidem). Su visión lo lleva a describir también la obra de fábrica y expresa que

las casas son de un solo piso, con tejas romanas. Las paredes, de pilares de madera y mezcla de cal y arcilla, o mampostería; y las vigas que sostienen el tejado se ven desde el interior de la casa. [...] Algunas piezas tienen piso de mármol y otras de ladrillo. (Ibidem)

En los juicios de Goodman y Wallace, las casas santiagueras eran extremadamente pobres, no sólo en materiales, sino también en gusto, comodidad, confort, higiene y en todos aquellos matices que hacen de la vivienda un espacio para la vida cotidiana. Constituye este un aspecto bastante controversial, pues en el siglo XIX la sociedad santiaguera, informada por medio de los viajes y la lectura de los cambios que ocurrían en el mundo occidental, mostró una predisposición a mejorar los ambientes de sus residencias, se potenciaron nuevas costumbres y la exigencia de normas higiénicas permitió la inclusión de cuartos de baños, cocinas y otras dependencias, así como la aparición de muebles que formaron parte de los usos cotidianos (Morales Tejeda, 2015, p. 94).

No pasó por alto a la visión sagaz de los viajeros la contraposición centro-periferia. Dos de los barrios santiagueros tuvieron preeminencia: el alto de la ciudad y La Marina. Desde inicios del siglo XIX es posible advertir tal dicotomía. Agustín de la Tejera, en los albores de la centuria, constató que las familias antiguas de la ciudad, compuesta por “la parte distinguida del país [...] creían degradarse viviendo lejos del centro de la población, pues [...] estimaban por lauro y timbre mayor morar bajo la esquila de la Catedral” (2012, p. 280). Del barrio de la Marina, Julian Mellet, a comienzos de la década de 1820, expresa que forma la cuarta parte de la población pero que allí reinaba la suciedad, pues recibía todas las basuras que se arrastraban de la parte alta de la ciudad.

Años después, la situación se hace más aguda; así lo observa Jean Baptiste Rosemond de Beauvallon en 1841 al captar las marcas urbanas y de estructura social que ya entonces se hacían evidentes en Santiago de Cuba. A inicios de los años cuarenta, se tenía establecida una organización urbana bien delimitada en doce cuarteles y las calles, divididas en altas y bajas, tomaron como punto de referencia, de este a oeste, la calle Enramadas y, de norte a sur, la calle de Santo Tomás. El viajero establece, a partir de una disección antropológica, un contrapunteo espacial y de estructura social al visualizar que, tanto por la naturaleza del terreno, por la idiosincrasia de sus habitantes y por las funciones a las que estaban destinados, la ciudad se dividía en dos partes bien distintas: el Alto de la Villa y la Marina, que “nada tienen en común esos dos barrios. El aspecto de las construcciones, el carácter de los pobladores, casi podría decirse que la lengua, las costumbres y los usos. Todo es diferente” ([1844] 2002, p. 254). Enfatiza la ubicación de la primera, que “corona la extremidad del anfiteatro”, donde como rasgo distintivo vive la nobleza en “edificaciones más elevadas y monumentales”, dotadas de elegancia exterior y cómodas en su interior. Refiere aspectos de la vida cotidiana de estas familias de la aristocracia criolla, al señalar que se podía escuchar “aquí y allá, un piano que describe alguna fantasía de Thalberg” (Ibidem). Mientras, respecto de la segunda, significa que era habitada por el comercio y la clase poco acomodada, cuyas edificaciones denotaban cierto “pintoresquismo” y el carácter esencialmente comercial del barrio y, por ende, enfatizaba en su dinamismo social al referir que el aire está lleno de los ruidos del puerto, de las canciones de los negros, del azúcar que se rebaja, del café que se apila. Por todas partes y a todas horas, los negocios y los hombres de negocios pasan, ojean y siguen (Ídem, p. 253).

El uso del color y la vegetación

Un indicio del aspecto de la cultura de los viajeros es la actitud que algunos asumen al apreciar las costumbres y el arte colonial que encuentran en el país. Así les llamó poderosamente la atención el fuerte colorido de la arquitectura local. Nunca fue Santiago un pueblo blanco. Wallace quedó impactada ante este exultante colorido: "Todas las casas están pintadas de colores claros y, por lo general, brillantes: azules, amarillos, rojos y, en ocasiones, cuando tienen dos pisos, el más bajo tiene un color y otro el superior" (2003, p. 72). Piron, aunque veía como grosera esta práctica, explicaba las causas de su utilización porque los habitantes "alegaban que las paredes blancas resultan molestas a la vista bajo el resplandor del sol tropical" ([1876] 2015, p. 21).

En varios momentos de su obra, Wallace se aproxima al papel de la vegetación como pulmón natural de la ciudad, tanto a nivel urbano como en el interior de la vivienda. En el primer caso, describe que "en varias partes de la ciudad se intercalan pequeñas plazas con árboles umbrosos, fuentes y jazmines de dulce aroma. Ellas constituyen los respiraderos en los cuales la gente se reúne por las noches para refrescarse" (2003, p. 73). En las viviendas recalcó la importancia del patio, que resultó el conformador planimétrico de la vivienda y, rodeado por una o varias galerías hacia donde daban las habitaciones, garantizaba la iluminación de los diferentes espacios así como la recogida de las aguas pluviales en grandes aljibes. Enfatizó en el contraste de formas y colores que aportaban las plantas y expresó:

[L]a granada con su rojo brillante y sus hojas verde oscuro; el amarillo limón y las más oscuras naranjas cuelgan de las elevadas ramas; el plátano, con sus anchas hojas verdes que se rasgan en secciones más estrechas según alcanza mayor altura, con su único fruto parecido a un gran corazón rojo que revienta con sus cien platanitos arracimados al tallo; los jazmines trepadores, con estrellados capullos que perfuman el aire tan pronto cae la noche; los parlantes y periquitos revolotean entre las ramas de los árboles, una fuente derrama agua en el centro y hay niños desparramados por todo el lugar [...]. (2003, p. 71)

Los emblemas del patrimonio edificado

Los hitos o sitios emblemáticos rastreados permiten observar la repetición, a través de las décadas, de edificios con alta carga simbólica para la ciudad de Santiago de Cuba, que resaltan por su valor histórico, social, cultural y religioso. Así se subraya en casi todos los libros la Catedral, el Mercado, el teatro La Reina, la fortaleza del Morro y el sistema de plazas.

Sin duda alguna, dentro de los edificios religiosos, el que acapara la mayor cantidad de comentarios es la Catedral; dos de sus etapas edificatorias y los cambios estilísticos del barroco al neoclasicismo quedan expuestos en las descripciones de Mellet y Piron. El primero, a inicios de la década de 1820, nos acerca a la reedificación de la tercera catedral, que había sido afectada por el sismo de 1766. De ella expresa que está adornada con suntuosidad: "El altar mayor, muy bien decorado, construido a la romana y colocado casi en medio de la iglesia [...], la gran puerta de entrada está a cierta altura, es preciso subir muchas gradas para llegar a ella" (Mellet, [1823] 1977, p. 288). En tanto, el mulato *creole* Hyppolite Piron establece una

dicotomía desde el punto de vista constructivo. Con menosprecio dice que el exterior de la iglesia “no ofrece belleza alguna”; mientras, en su interior describe la gran extensión de la nave principal “con numerosas columnas que soportan una cúpula colosal” y las naves laterales decoradas “con capillas que guardan todas, grandes riquezas” ([1876] 2015, p. 23).

Otro foco de interés fue el teatro La Reina, inaugurado en 1850. Tanto el inglés Goodman como la norteamericana Wallace viven su etapa de esplendor cultural y constructivo. Sin embargo, las descripciones que dejaron de tan importante escenario apuntan a la simplicidad de sus líneas arquitectónicas y su adecuación a la topografía. Goodman, con cierto desdén, expresa: “El interior de un teatro cubano es tan sencillo y falto de ornamentación como una plaza de toros” (Goodman, [1873] 2015, p. 200). En esta misma cuerda encontramos a Piron, para quien este espacio de sociabilidad no pasaba de ser exteriormente una “edificación vulgar, con grandes paredes que se alzan sin ningún carácter, ridículamente embadurnadas de un color vivo” ([1876] 2015, p. 43).

La fortificación del castillo del Morro, defensa de la entrada de la bahía, es punto de referencia en varias de las obras de los viajeros. De Beauvallon lo señaló con una bella metáfora: “Gigante de bronce asentado en granito”. A Wallace, sin dudas, le impactó la majestuosidad de la vetusta edificación que da entrada por mar a los viajeros que arriban a la ciudad. De su imponente ubicación expresó:

La base rocosa, el profundo foso y el enorme puente [...] crean una silueta hostil, aunque muy llamativa, contra el azul entorno de un cielo sin nubes, con las verdes aguas marinas rizándose en torno a la roca [...]. Excavadas en la sólida roca en que se asienta la antigua fortaleza, están las celdas, oficinas y cámaras de tortura. (2003, p. 31)

Los espacios públicos

Uno de esos referentes es la plaza principal que, a pesar de las pequeñas desviaciones, siguió la praxis estipulada por las Leyes de Indias. Ubicada justo en el núcleo del casco histórico de la ciudad, en su función de epicentro aglutinador de los poderes político y religioso, resume los signos visibles de la sociedad colonial; este rasgo constituye una especificidad típicamente latinoamericana (Guerra, 2014, p. 26). Desde esta perspectiva, las imágenes aprehendidas por De Beauvallon, Goodman y Wallace subrayan estos aspectos; el primero marca las pautas de los edificios que la rodean y enfatiza en que es “una plaza cuadrada, [...] limitada de un lado por la vivienda del gobernador, frente a la cual se levanta la hermosa catedral de Santiago. Los otros dos lados del cuadrilátero están formados por ricos hoteles” (De Beauvallon, [1844] 2002, p. 255). El segundo se detiene más en la descripción de la estructura interna del espacio urbano: “El paseo es un camino ancho, de gravilla, situado en el rectángulo de la plaza, separado de la calle por una reja y limitado por pequeños jardines, fuentes y árboles tropicales muy coposos” (citado en Portuondo Zúñiga, 2015, p. 136). Los tres indican el empleo del espacio para paseos en determinados días de la semana “donde se congrega lo más granado de la sociedad santiaguera para conversar y oír música” (Ibidem), con la retreta ejecutada por “las bandas de los regimientos españoles [que] presentan un programa que es una delicia para los oídos [...], que comienza a tocar a las ocho en punto y termina cerca de las diez” (Wallace, 2003, p. 43). También se efectuaban festividades como los carnavales o las rifas.

Hacia los años cuarenta del siglo XIX, se amplificaba la trama urbana que crecía en forma de anillos concéntricos. El plano realizado en 1845 por Luis Francisco Delmés permite visualizar la formación de una infraestructura recreativa y de participación social. La creación de un *ring* integrado por los Paseos de la Alameda (1830), de Concha (1858) y del Príncipe Alfonso (1858), y la Plaza de Marte, determinaba en los ejes directores este-oeste y norte-sur los puntos nodales de la expansión urbana en el siglo XIX (Orozco Melgar, 2008). Piron y Wallace nos acercan a la Alameda. El primero concentrado en la descripción urbanística al informar que es “un paseo con grandes árboles situado a la orilla de la bahía” ([1876] 2015, p. 24). Por su parte, la segunda distingue el ambiente de sociabilidad que se generaba a partir de los paseos que se efectuaban con frecuencia y expresa:

[A]vanzada la tarde, hacia el oscurecer, todo el mundo llena la fresca Alameda, donde [...] los afortunados poseedores de volantas se pasean arriba y abajo mientras escuchan los acordes de la banda de la Marina, que aquí ofrece su concierto dominical. Aquellos que no van en coche se sientan en los bancos de piedra [...] o caminan entre los árboles hasta que termina el paseo. (2003, p. 49)

En tanto, el Paseo de Concha tuvo una estructuración espacial de tres calles paralelas: una central más amplia para el tránsito de los carruajes y dos menores para los peatones, separadas por hileras de árboles. De este espacio, el estadounidense Samuel Hazard informa que se encontraba en la parte más alta de la ciudad y en él se podían observar “la más bella vista de la ciudad y sus cercanías. El ‘Paseo de Concha’ es el de moda, y se ve muy concurrido, particularmente al atardecer de los domingos” ([1873] 1928, p. 5).

De igual modo, durante el período que se analiza, los viajeros no perdieron de vista varios sitios que, como parte de la higiene urbana y la salubridad, fueron destinados a mercados ubicados en las plazas de los Dolores (1822) y Santo Tomás (1830), el de Carnicería y el de Concha (1859). Este último, con su influencia neoclásica y su adaptación topográfica en la cuesta de la calle Marina, es descrito en una deliciosa disección etnoantropológica por el francés Ernesto Duverger de Hauranne, que es pródigo en suministrar información acerca del aspecto y color de los vendedores y las vendedoras, del olor singular de ese ámbito y de las particularidades de las mercancías, así como de las características arquitectónicas, corroboradas en el dibujo litografiado que sobre ese espacio esencial de la vida cotidiana nos fuera legado. Así lo describe:

[E]l edificio más curioso y el sitio más interesante de la ciudad [...]. La callejuela que pasa tras el mercado presenta cada mañana un animado espectáculo: carretas tiradas por bueyes o mulas, arrias de borricos grotescamente enalbardados, caballeros con grandes sombreros de paja que, sobre nerviosos caballos de poca alzada, se abren paso a duras penas a través de multitudes de negros y gentes de color. Vigorosos mozos de cuerda van y vienen cargando toneles, canastas; otros, fardos de pieles de cabra, jaulas llenas de pollos. Las negras, vestidas de ligero algodón y pañuelos escandalosos, se dejan ver un instante entre el tumulto, balanceando sobre sus cabezas la cesta de frutas o de legumbres que sostienen a veces con su brazo redondo como asa de ánfora; unas, bajo sus fardos en equilibrio, desfilan entre el gentío con la flexibilidad de una gata salvaje; otras, llevando las manos en las caderas, avanzan con breves pasos, contoneándose de una manera negligente y

llena de gracejo. En el patio del mercado y a lo largo de los colgadizos que lo rodean, mercachifles en cuclillas despachan sus mercancías colocadas en tablas o sobre la misma tierra: flores, frutas, hierbas, alfarería, brillantes cortes de tela, pañuelos de seda roja y amarilla, pescados, mariscos, barriles de salazones; hay montones de naranjas, piñas, melones, nueces de cocos, empenachados repollos, jamones. Dorados quesos, pilas de plátanos y cebollas, de mangos y ñames, limones y papas esparcidas en confusión junto a enormes manojos de flores [...]. Los compradores se agitan zumbantes como enjambres de moscas: se regatea, se gesticula, se discute, se ríe, se murmura en el armonioso *patois* de las colonias. (1977, p. 299)

Realizada esta aproximación a los textos, es posible afirmar que, narradas de acuerdo a la sensibilidad y visión de cada viajero y de sus conceptos de modernidad o progreso, las descripciones que dejaron como legado reconstruyen una cartografía imaginaria y simbólica de la ciudad, las cuales forman parte de su patrimonio material y se presentan además como otra forma de leer la Historia.

NOTAS

1 Santiago de Cuba se fundó en la parte sur oriental de la Isla de Cuba, al fondo de una profunda bahía de bolsa en la medianía de 1515 por el conquistador Diego Velázquez. Es, por ende, una de las ciudades más antiguas de Hispanoamérica. Fue capital de la Isla desde 1515 hasta 1607. Luego fue capital del Departamento Oriental. Hoy es capital de la provincia cubana homónima. En 2015 celebró el 5° centenario de su fundación.

2 Entre las obras más importantes tenemos los planos realizados por el cartógrafo francés Luis Francisco Delmés, voluntario en las tropas de Napoleón, que en 1832 se estableció en Santiago de Cuba. La ciudad lo acogió durante casi cuarenta años. Allí falleció en 1869 a los 76 años. En el intervalo de 1833 a 1861, realizó ocho planos de Santiago de Cuba, fechados en 1833, 1840, 1845, 1856, 1857, 1858, 1860 y 1861, catalogados como joyas de la cartografía y del grabado en la Cuba colonial. Ver: Orozco Melgar (1996) y "Louis François Delmés: El cartógrafo francés de Santiago de Cuba", en *Militaria. Revista de Cultura Militar*, 20/2006.

3 Cabe destacar la labor desarrollada por Emilio Lamy y Carlos Collet, grabadores franceses asentados en Santiago de Cuba en la medianía del siglo XIX, quienes en 1862, publicaron el *Album pintoresco del Departamento Oriental de la Isla*, colección de vistas de ciudades, villas, pueblos, ingenios, cafetales y paisajes, con treinta y dos litografías, cuyas vistas principales se correspondían con el paisaje geográfico y social de la Isla, al incluir las ciudades de Santiago de Cuba, Manzanillo, Baracoa, Nuevitás, Gibara, Holguín, Las Tunas y El Cobre.

4 Nacido en Cádiz, desde su infancia radicó en La Habana y en 1803, se instaló definitivamente con su familia en Santiago de Cuba. Fue miembro de la Sección de Agricultura y Estadística de la Real Sociedad Económica Amigos del País (RSEAP) y periodista en el diario *El Redactor*. Falleció en Santiago de Cuba en 1852. Ver Bacardí Moreau, 1924; Estrada, 2013 y Aguilera Hernández, 2015.

5 Viajero francés, estuvo en la zona meridional de América Latina entre 1808 y 1820. No era escritor, fue un aventurero que recorrió durante varios años las tierras americanas y dejó su testimonio al dictar sus memorias a algún capitán de barco en Burdeos. Ver Benítez Rojo, 1977.

6 Estuvo en la zona de Colombia a finales de 1828 y permaneció hasta diciembre de 1839. Era secretario de la delegación de Francia y luego fue encargado de negocios. Continuó su carrera diplomática en otros países americanos; ya retirado publicó, en 1880, un libro de viajes sobre la Nueva Granada. Ver Melo, 2001.

7 Nació en París en 1843 y murió en Trouville en 1877. Miembro de una antigua familia de la nobleza. Su vida estuvo dedicada casi por completo a combatir el Imperio. Con el grado de capitán, participó en la guerra franco-prusiana. Concluida esta, fue elegido diputado por el departamento de Cher. En la Asamblea Nacional se mostró favorable a la República. De joven viajó a los Estados Unidos y a Cuba. Recogió sus impresiones en una obra en dos tomos titulada *Huit mois en Amérique. Lettres et notes du voyage, 1864-1865* (Benítez Rojo, 1977).

8 Nació en Santiago de Cuba en 1824, fue el cuarto varón y penúltimo hijo del matrimonio de Francisco Antonio Piron y Bárbara Francisca Eugenia Lillavois. Ver Portuondo Zúñiga, 1995.

9 Nació en 1819 en la isla de Guadalupe, en una familia criolla. Se trasladó a vivir a Francia y publicó su primer libro, *La Isla de Cuba*, en 1844, inspirado por su estancia entre noviembre de 1841 y febrero de 1843. Murió en 1903.

10 Pintor, ilustrador y escritor inglés de origen judío. Nació en 1838 y murió en 1912. A comienzos de la década de 1860 viajó por varios países europeos. Estuvo en Cuba entre 1864 y 1869. Ver Portuondo Zúñiga, 2015.

11 Hija del norteamericano Elisha T. Wallace, quien fue cónsul de Estados Unidos en Santiago de Cuba entre 1861 y 1868.

12 Nació en 1834 en Estados Unidos. Durante la Guerra Civil, en 1861, peleó a favor de la causa del norte que encabezara el presidente Abraham Lincoln. Estuvo en Cuba durante algunos meses de los años sesenta. Murió en 1876 a los 42 años.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera Hernández, J. (2015). Antecedentes históricos del oficio de cronizar en Santiago de Cuba (siglos XVIII-XIX). *Revista Calibán*, 22, pp. 25-33.
- Bacardi Moreau, E. (1924). *Crónicas de Santiago de Cuba*, tomo II. Santiago de Cuba, Tipografía Arroyo Hermanos.
- Benítez Rojo, A. (1977). Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago. *Santiago*, 26-27, junio y septiembre, pp. 277-278.
- De Beauvallon, J. B. R. ([1844] 2002). *La Isla de Cuba*. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- De la Tejera, A. (2012). Santiago de Cuba a principios del siglo XIX, memoria escrita (1801-1847). En O. Portuondo Zúñiga, *El Departamento Oriental en documentos*, tomo II. (pp. 280-281). Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Duvergier de Hauranne, E. (1977). Cuba y las Antillas (fragmento). En A. Benítez Rojo, Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago. *Santiago*, 26-27, junio y septiembre, pp. 277-278.
- Estrada, L. (2013). *Santiago literario*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- García Canclini, N. y otros (1996). *La ciudad de los viajeros. Travesías e imaginarios urbanos: México 1940-2000*. México D. F., México: Grijalbo.
- Goodman, W. ([1873] 2015). *La perla de las Antillas: Un artista en Cuba*. Edición anotada y corregida por Olga Portuondo Zúñiga. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Guerra, L. (2014). *La ciudad ajena: Subjetividades de origen mapuche en el espacio urbano*. Santiago de Chile, Chile: Ceibo Ediciones.
- Hazard, S. ([1873] 1928). *Cuba a pluma y lápiz*, tomo III. La Habana, Cuba: Cultural S. A.
- Jaramillo Uribe, J. (2003). La visión de los otros. Colombia vista por observadores extranjeros en el siglo XIX. *Revista Historia Crítica*, 24, pp. 7-26.
- Le Moyne, A. ([1880] 1977). Viajes y estancias en América del Sur (fragmento). En A. Benítez Rojo, Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago. *Santiago*, 26-27, junio y septiembre, pp. 277-278.
- Mellet, J. ([1823] 1977). Viaje por la América meridional (fragmento). En A. Benítez Rojo, Para una valoración del libro de viajes y tres visitas a Santiago. *Santiago*, 26-27, junio y septiembre, pp. 277-278.
- Melo, J. O. (2001). "La mirada de los franceses: Colombia en los libros de viaje durante el siglo XIX". *Simposio Viajeros colombianos en Francia y franceses en Colombia*. París, Francia: Embajada de Colombia. Disponible en línea en <www.lablaa.org>.
- Minguet, C. (1980). La imagen de la América Latina en la Francia de los siglos XIX y XX. *Estudios Latinoamericanos*, 6, pp. 171-182.
- Morales Tejeda, A. L. (2015). *El signo francés en Santiago de Cuba: espacios, ajuares y ritos de los grupos sociales privilegiados (1830-1868)*. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Muñoz, L. (2002). El Caribe en el siglo XIX: rutas y recorridos de la mirada extranjera. *Revista de la Universidad de México*, 616, pp. 30-41.
- Orozco Melgar, M. E. (1996). Santiago de Cuba hacia 1840. Los planos de Luis Francisco Delmés. *Del Caribe*, 25, pp. 114-118.
- ----- (2008). *Génesis de una ciudad del Caribe: Santiago de Cuba en el umbral de la modernidad*. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Piron, H. ([1876] 2015). *La Isla de Cuba*. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Portuondo Zúñiga, O. (1995). Un creole francés y cubano. En H. Piron, *La Isla de Cuba*. (pp. 5-19). Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- ----- (2015). Cinco años con Walter Goodman en Santiago de Cuba. En W. Goodman, *La Perla de las Antillas: Un artista en Cuba*. Edición anotada y corregida por O. Portuondo Zúñiga. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.
- Solórzano, J. C. (2014). La importancia histórica de la literatura de viaje en Centroamérica: del período colonial al período republicano. *Boletín de la AFEHC*, 60. Disponible en línea en <www.afehc-historia-centroamericana.org>.
- Torre Revello, J. (1940). Viajeros, relaciones, cartas y memoriales (siglos XVII, XVIII y primer decenio del XIX). En R. Levene (Dir.), *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- Wallace, C. (2003). *Santiago de Cuba antes de la guerra*. Santiago de Cuba, Cuba: Editorial Oriente.

Aida Liliana Morales Tejeda

Licenciada en Historia del Arte, Universidad de Oriente. Magister en Estudios Cubanos y del Caribe, Universidad de Oriente. Doctora en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Universidad Michel de Montaigne, Burdeos 3, Francia y Doctora en Ciencias sobre Arte, Universidad de La Habana, Cuba. Jefa del Departamento de Investigaciones Históricas de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba. Investigadora auxiliar. Docente parcial en la Universidad de Oriente. Sus investigaciones versan sobre la historia de la cultura, enfocadas a la evaluación del desarrollo de la arquitectura y el urbanismo santiagueros, la escultura conmemorativa y las transformaciones operadas en la sociedad a partir del estudio de aspectos esenciales de la vida cotidiana.

Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba
Heredia 102
Santiago de Cuba
Cuba

aida@occ.co.cu